

Los estudios de historia social en la última década del siglo: ¿crisis, estancamiento o desarrollo?

Jorge Orlando Melo

Bogotá, 22 de agosto de 2000.

Ponencia leída en Medellín en el XI Congreso de Historia, Bogotá y Medellín, 2000.

En 1997, en el X Congreso de Historia de Medellín, Jesús Antonio Bejarano presentó un duro enjuiciamiento de las tendencias históricas recientes, con el título de "Guía de Perplejos: Una mirada a la historiografía colombiana"¹. A pesar del título, realmente Bejarano no habló casi nada de la historiografía colombiana, y esto justifica retomar algunas de sus ideas para ver hasta donde se ajustan a lo que ha estado pasando en este campo en el país.

Lo que preocupa al autor del artículo es ante todo la substitución de la historia económica y social por el análisis de las mentalidades, una evolución que los historiadores locales habrían analizado en forma muy limitada y en tono de encomio, como una simple revolución local en los temas historiográficos, y no como una inmersión en las nuevas corrientes intelectuales (postmodernas) del mundo occidental.

Lo que ha pasado es para Bejarano muy claro y muy negativo: una serie de métodos que surgieron como herramientas que debían fortalecer los métodos totalizantes de la historia social, la microhistoria, la historia intelectual, la historia sociocultural, se independizaron y configuraron campos separados, que generaron un nuevo paradigma, distinguido por el rechazo a la historia total, el aislamiento de las ciencias sociales, la renuncia a la explicación y su reemplazo por la interpretación (hermenéutica o retórica), un relativismo radical, que es en cierto modo un "nihilismo cognoscitivo postmoderno", la trivialización, la frivolidad del conocimiento, la vacuidad, la extravagancia, la vacuidad, y en general la conformación de una historia light.

Por el contexto, es claro que los historiadores que en opinión de Bejarano no vieron el sentido de lo que estaba pasando, y se limitaron a describir la expansión de los campos temáticos, fueron ante todo los autores del volumen preparado por la Universidad Nacional *Introducción a la Historia al Final del Milenio*, cuyos textos son de 1993, donde según Bejarano lo que hay "no es historiografía", sino algo que "se reduce, las más de las veces, a una casi interminable reseña de cada una de las obras que han venido apareciendo, sin que estas se conecten en un orden general, sin que se relaciones con el estado de los problemas si que se organicen de forma que puedan identificarse realmente líneas o programas de investigación...sin que sea posible , a partir de allí reconocer la existencia y características de matrices disciplinarias...."

¹ Jesús Antonio Bejarano, "Guía de perplejos; una mirada a la historiografía colombiana". La ponencia fue después publicada en *el Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 24, Santafé de Bogotá, 1998).

Del mismo modo, considera que el trabajo de Bernardo Tovar de 1997, "Consideraciones sobre el Estado actual de la investigación y de los estudios históricos en Colombia" no advirtió los cambios que ya se estaban dando en la primera mitad de los noventa.

Al considerar que el fenómeno es resultado ante todo del impacto de un proceso externo ("en ese estado de la historiografía occidental y no en las razones locales, es donde debemos buscar las razones del extravío"), Bejarano dedica la mayor parte del artículo a un informado análisis del proceso de transformación de la disciplina histórica en Europa y los Estados Unidos en los últimos treinta años, que no voy a comentar, que comparto en sus líneas generales y del que difiero en algunos detalles y acentos. Aquí vale la pena solo señalar que considero que su descripción de la situación actual me parece más pesimista de lo que la realidad indica, que no veo en el despertar del institucionalismo una fuerza capaz de modificar substancialmente la tendencia a la hegemonía -muy a largo plazo en nuestro medio- de la New Economic History (e incluso, no creo que el institucionalismo sea tan novedoso: mucho de lo que escribió Marx sobre las condiciones del surgimiento del capitalismo encajarían en él, así como los trabajos de Simmel, Sombart o Schumpeter, para mencionar sólo los autores que comienzan por S), ni que la utopía del papel de la historia para la política sea algo muy vivo en este momento: no logro identificar las señales de eso, ni del renacimiento de la historiografía de orientación marxista, pues en estos casos Bejarano se limita a afirmar los hechos pero no los describe y uno queda sin poder precisar en que estaba pensando. Pero no hay duda de que existe hoy, sobre todo en los Estados Unidos, aunque en buena parte como resultado de una reelaboración de temas y conceptos de autores sobre todo franceses, una especie de ruptura paradigmática, así en algunas áreas haya mestizajes y fronteras borrosas, entre la historia social tradicional, la de F. Braudel o E. Genovese o E. Thompson, -y el término tradicional en este artículo debe leerse sin connotaciones peyorativas, pues lo voy a usar bastante- y la historia que algunos llaman postmoderna, la derivada del giro lingüístico, la de los discursos y los imaginarios.

La pregunta que quiero hacerme en primer lugar es si esta ruptura se ha dado realmente en Colombia. Podría parecer que ya di una respuesta, en un artículo de 1990, citado por Bejarano, en el que señalé los peligros de una frivolidad de la historia. ("La historia, las perplejidades de una disciplina consolidada" ²)

² Publicado en Carlos B. Gutiérrez, ed., *La investigación en las artes, las humanidades y las ciencias sociales*. Bogotá, Uniandes, 1991. Retomo algunos elementos de esto en "Medio Siglo de Historia Colombiana", en Francisco Leal, ed., *Discurso y razón, Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Bogotá. Uniandes y Tercer Mundo, 2000, donde me refiero a que el "estudio de las "mentalidades" y los "imaginarios" (preferibles a las ideas y las representaciones), las maneras de la mesa o el vestido, de los rituales, las imágenes y las formas del discurso, invita en cierto modo a la fragmentación y atomización de los textos históricos y a la substitución de unas estrategias expositivas por otras: la descripción impresionista, más o menos espesa, la frase paradójica, resultan más aptas que la interpretación causal o las narrativas lineales. Es posible, es cierto, inscribir el análisis de estos objetos, que en buena parte son contruidos y carecen de un referente externo determinable, en

Mi respuesta, sin embargo, señalaba apenas la aparición de algunos síntomas, de algunas tendencias, de algunos intentos por transferir las modas postmodernas a la práctica histórica nacional. Esas tendencias, afirmé, se apoyaban en la pérdida de interés de los más jóvenes por la vida política, el desencanto de los revolucionarios de los sesenta y la ruptura de sus sueños socialistas, la crisis del marxismo y de la teoría de la dependencia. Y me preocupaba sobre todo el débil interés por teorías y visiones generales, que en mi opinión podía convertir la historia de las mentalidades, de la vida cotidiana, de la familia y la sexualidad, en una historia pintoresca y anecdótica, como había sido años antes, en muchos casos, la historia de estos temas: "el análisis de los rituales o la vida cotidiana, escribí entonces, puede ampliar nuestra visión del pasado de la sociedad, pero solo si está ligado a preguntas que relacionen el sentido de estas conductas con una vida o una sociedad". Sin embargo, mi evaluación de 1992 era en general optimista: mal que bien, pese a estas tendencias, a las perturbaciones postmodernas, el trabajo histórico colombiano se seguía consolidando, con una diversidad temática más saludable que peligrosa, mientras proseguía la profesionalización de la práctica histórica y se afirmaba un dominio aceptable de las prácticas metodológicas y los fundamentos conceptuales por parte de los estudiantes, las escuelas de historia consolidaban sus estrategias de formación, y las tesis de grado y postgrado hacían generalmente aportes interesantes al conocimiento histórico, etc.

Por eso, aunque comparto con Bejarano cierta incomodidad con el libro de 1993 de la Nacional, que me parece en ocasiones superficial y parroquial, no creo que era mucho lo que hubiera para ver de ruptura innovadora en ese momento: solo síntomas, para usar una palabra que puede gustarle a los que han hecho el salto a una nueva historiografía.

Y todavía hoy, en 2000, yo no veo las cosas con la claridad que tenía Bejarano hace dos años: ¿realmente ha cambiado tanto la forma de hacer historia?

Voy a tratar de contestar haciendo una revisión más o menos amplia, aunque no exhaustiva, de dos universos historiográficos:

1) los principales libros publicados entre 1990 y 2000. Principales en cierto sentido convencional: los de los autores más prestigiosos y de una carrera académica más amplia, los publicados por las mejores editoriales, los que tuvieron mayor acogida y reconocimiento. Varios conjuntos que se intersectan, pero unidos por la "o", por el operador disyuntivo.

2) Las ponencias sobre historia social y movimientos políticos de dos congresos de historia, el de Bucaramanga de 1993 y el de Medellín en 1997. Normalmente uno va a los congresos y, si no es ponente, selecciona

procesos de construcción de identidad, o en estrategias de afirmación de grupos sociales o étnicos, pero esta tentación, que tiene mucho de convencional, cada día parece resultar menos efectiva." (p. 169)

cuidadosamente lo que va a oír. Al leer la totalidad de lo publicado en algunas áreas, descubre un nuevo universo, además del previsible de los trabajos de los historiadores conocidos, y que se mueve entre dos extremos: trabajos casi semiliteratos que uno no entiende como pasaron el filtro y se presentaron en el congreso –y en Bucaramanga son bastantes- y trabajos juveniles de una sorprendente calidad.

También debo decir que algunos materiales no los leí por falta de tiempo, por dificultades prácticas para echarles mano o porque no me interesaban mucho: hay cosas tan remotas al propio interés que es imposible mirarlas con atención. Y que no discutiré en que consiste la historia social, y me aprovecharé de la ausencia de definición para tratar sus límites con cierta elasticidad.

1. Los trabajos de historia económica.

Bejarano tomaba la historia económica como ejemplo principal, de acuerdo con sus propios intereses, y el único en el que mencionó realmente algunos trabajos colombianos, del cambio que se estaba dando: Un inventario estadístico da una respuesta contundente: se está publicando menos historia económica que antes, al menos en las revistas de los departamentos de economía de la Universidad Nacional, la Universidad de Antioquia y la Universidad de los Andes. Los estudiantes de economía, además, hacen menos tesis de historia económica. Creo que el fenómeno es real, pero habría que matizarlo con la posibilidad de que la expansión de las revistas (la aparición de nuevas revistas de historia, como *Historia y Cultura*, *Historia Crítica*, *Historia y Sociedad*) haya atraído a ellas algunas de las publicaciones de historia económica, y que algo de historia económica se haya hecho en las facultades de historia. En todo caso, me parece que el hecho es real: en el conjunto de investigación histórica, la historia económica parece menos practicada que antes. No creo que el cambio sea muy brusco, y se siguen publicando obras importantes: si pienso en los setenta, me llega a la cabeza el libro de Marco Palacios sobre el Café, en los ochenta el de Ocampo sobre la economía exportadora en el siglo XIX y en los noventa, los estudios de historia monetaria y bancaria de Fabio Sánchez y María Mercedes Botero y la *Historia de la Costa* de Eduardo Posada Carbó. Bejarano utiliza la reducción cuantitativa y una evaluación negativa de la calidad de lo hecho en historia económica como principal prueba del cambio.

No comparto del todo la queja: aunque me parece lamentable que en las facultades de economía se esté perdiendo el interés por la historia económica, me parece saludable que los historiadores universitarios hayan vuelto a la historia política y a ciertos temas de historia social y cultural que habían recibido muy escasa atención por parte de historiadores con algún nivel de

sofisticación metodológica, como la historia de la vida cotidiana, de la familia, o de las relaciones entre los sexos.³

En el tema mismo de la historia económica, debo admitir las conclusiones del exhaustivo inventario y el detallado análisis que hace Bejarano de la historiografía económica en su libro de 1995. Quiero, sin embargo, señalar que me parece que hay áreas en las que hay trabajos notables de historia económica, como la historia económica regional. Sobre la costa atlántica, para tomar el mejor ejemplo, el volumen de *Historia económica y social del Caribe Colombiano* (1994) editado por Adolfo Meisel muestra avances sólidos, temas importantes como la historia de la ganadería han tenido sus tratamientos iniciales, y los trabajos de Alfonso Múnera sobre comerciantes a fin del periodo colonial, los de Gustavo Bell, y los de Paolo Solano y Alfonso Conde sobre empresarios indican cierto dinamismo. Del mismo modo se mantiene activa la historia empresarial, referida también a otras regiones del país, aunque a veces en una orientación ideológica poco crítica, que recuerda a los historiadores empresariales norteamericanos de los sesenta, pagados y contratados por las mismas empresas.

Vale la pena señalar aquí que la mayoría de esos trabajos mantienen una orientación social e institucional: se trata de historia de la economía como historia de una práctica social. La historia cuantitativa, econométrica, que pareció con futuro en los setenta, no se consolida aún, aunque hay algunos practicantes⁴. A Bejarano le parece que esta línea puede trivializar las preguntas, y esto es cierto. Pero probablemente el mejor mundo es el de un avance paralelo, en el que las visiones de historia total ayuden a definir los problemas y las fuentes, y los estudios de historia cuantitativa den respuestas sólidas en aquellas áreas en las que sea posible hacer preguntas relevantes y contestarlas con buenas series históricas.⁵ Frente al carácter especulativo e

³ En 1979 me quejé en el II Congreso de Historia, en Cali, de que se estuviera abandonando la historia política y lamenté la concentración en la historia económica, de manera que, al menos en este punto, sigo creyendo lo mismo. "Los estudios históricos en Colombia 1969 - 1979", *Revista de extensión cultural*. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. No. 9-10. 1980-81. <http://www.jorgeorlandomelo.com/historiografia7.htm>

⁴ En el Banco de la República se ha conformado un grupo de estudios de historia económica que puede reanimar los trabajos de historia cuantitativa, y del que hacen parte historiadores reconocidos como Miguel Urrutia, Adolfo Meisel y Salomón Kalmanovitz.

⁵ En las grandes preguntas, la historia cuantitativa tiene un problema de especificación de las variables y de complejidad que no la hace muy viable: a la larga, todo resulta según la teoría, y los seres humanos responden a las restricciones en un área u otra utilizando caminos alternativos. Los economistas pueden mostrar (y lo hicieron desde Ricardo) que la apertura del mercado a la competencia internacional produce una asignación óptima de recursos y por lo tanto "teóricamente" conduce a tasas de crecimiento mayores, pero la realidad nos obliga a explicar porque entre 1930 y 1980 las tasa de crecimiento de la economía colombiana fue mucho más alta que después: para ello hay que calificar el modelo con más y más variables hasta que resulta inverificable estadísticamente. Y si los economistas son incapaces de decirnos cuantos empleos nuevos se derivarán de una reducción de los impuestos o de un cambio en las leyes laborales, (o sí nos lo dicen, como nos dicen cual va a ser el crecimiento económico, pero dos años después nos

impresionista de las relaciones postuladas por los historiadores institucionales y sociales de la economía, mientras mejor sea la historia cuantitativa, mejores las herramientas del análisis y mayores las posibilidades de delimitar los problemas. Cuando Ocampo muestra, cuantitativamente, que la economía creció bastante después de 1848, por lo menos deja de ser necesario gastar neuronas explicando, como lo hicieron muchos historiadores colombianos, las razones del estancamiento económico durante el federalismo.

2. Los temas de la historia social

Si miramos los libros publicados durante la década que puedan considerarse de historia social, hay varias áreas que muestran algunos trabajos notables. Por supuesto, las investigaciones publicadas en libro usualmente representan años de trabajo: son el resultado de una formación recibida antes, muchas son tesis realizadas en los ochenta, en departamentos de historia convencionales. Claro que hay gente que descubre en las nuevas teorías y orientaciones históricas una riqueza metodológica que les permite superar sus visiones anteriores. Entre los historiadores y especialistas que trabajan sobre Colombia, hay al menos tres casos fuera del país de adhesión a algunos elementos centrales del nuevo paradigma, que son Catherine Legrand, Michael Taussig y Mary Roldán. Pero entre los colombianos no logro identificar a ningún converso notable, aunque fue probablemente Germán Colmenares el que comenzó a destacar la importancia de incorporar a la estrategia de investigación y análisis de los historiadores los aportes de los antropólogos, como C. Geertz y de los analistas de la retórica histórica, como M. Hayden. Sin embargo, creo que la obra de sus últimos años casa más bien con la caracterización que hace Bejarano del buen uso de las nuevas metodologías.

La lista de libros hecha antes permite en mi opinión algunas generalizaciones y juicios de valor. La primera comprobación es que se está publicando mucho de buena calidad. Gran parte de este trabajo es obra de historiadores que siguen en general por los caminos de la historia social tradicional: Hermes Tovar con sus estudios coloniales o de colonización, Mauricio Archila y los grupos obreros, Marta Herrera y sus estudios sobre comunidades indígenas en el siglo XVIII, Catalina Reyes y la vida cotidiana de Medellín. Otros son científicos sociales, antropólogos o sociólogos que miran al pasado: cincuenta años de investigación se recogen en el libro de Virginia Gutiérrez y Roberto Pineda sobre la mezcla étnica colonial, el "mestizaje" y sus relaciones con la cultura, que usa censos y relatos, discursos y acontecimientos para hacer aportes de fondo al estudio de un difícil problema. Algunos se acercan en alguna medida a los nuevos paradigmas, pero en general sin romper con los presupuestos antiguos, sin adoptar la autonomía de lo lingüístico o el rechazo a los criterios de verificación, o el manejo frívolo de los nuevos temas. El uso que ha hecho Renán Silva de los conceptos e instrumentos analíticos derivados de Foucault, el interés de Pablo Rodríguez por la vida familiar o de Beatriz Patiño por el

explican porque no se cumplió la predicción) no podemos creer que cuando hacen esas hipótesis para el pasado, con información más imperfecta, su capacidad de predicción sea mayor.

delito se mantienen dentro de una perspectiva de preocupación por el contexto integral de los procesos analizados: sigue existiendo una totalidad histórica virtual, nunca actualizable y nunca construida plenamente, en el que se inscriben los discursos, las prácticas, las representaciones. Otros, quizás, han acogido una terminología que no siempre se usa con una justificación real, y condimentan su propio discurso con "imaginarios", "espacios", "significaciones", "constituciones del sujeto", pero sin que la lógica real de la investigación o de la exposición dependa realmente de estos conceptos, adoptados más por servidumbre de moda.

Mi impresión de fondo es que en los libros publicados, todavía no hay motivos para preocuparnos y sentirnos en la necesidad de iniciar una cruzada para evitar la penetración del mal.

3. El Congreso de Bucaramanga (1993)

Quizá si nos dirigimos a los congresos de historia, como este en el que hoy estamos, aparezca más claramente el proceso: allí se presentan muchas veces artículos y ponencias que son el resultado, no de una tesis de doctorado escrita a los 35 o 40 años, sino de la tesis de maestría, de la tesis de historiador o hasta de un trabajo de clase. Las modas deben aparecer allí en forma anticipada, pues los estudiantes son los que adoptan las nuevas ideas, muchas veces para confrontar a sus docentes, aunque casi siempre bajo la inspiración de un docente excéntrico.

Voy a hacer unos comentarios rápidos sobre algunos de los trabajos de historia social leídos en los dos congresos de historia de Bucaramanga, de 1993, y de Medellín, de 1997, para ver que señales hay de cambio. Me limitaré a los autores colombianos. La nueva historiografía es un invento de los departamentos de historia del imperio, y si la adoptamos es, como pensaba Bejarano, porque ya nos la inventaron, aunque si la adoptamos, es también porque responde de alguna manera a las condiciones de la práctica científica e ideológica en nuestras comunidades- es decir en nuestro país y en nuestra comunidad académica.

La historia social de Bucaramanga es, en mi opinión, totalmente convencional. Ni siquiera ha llegado el vocabulario. Hay un poco de discurso, de imaginario, pero se trata de influencias menores de Foucault, que fue acogido por algunos historiadores de la educación y la ciencia en los ochenta. Los problemas enfrentados son importantes: la violencia, las fuerzas armadas, las luchas campesinas, las luchas cívicas. Aparecen temas como las mafias, los esmeralderos. Metodológicamente el aparato es crudo y débil. En el análisis de los movimientos sociales, alguna cita pasajera de A. Touraine y M. Weber, pero en general se trata de una historia tradicional con temas nuevos. Tradicional incluso en el sentido de que es anterior en su lógica a *Annales*.

En historia colonial, los trabajos son de mejor nivel. Un excelente trabajo de Martha Herrera sobre las autoridades indígenas muestra la solidez de la

formación del área de colonialistas en la Universidad Nacional; el trabajo de Rodrigo Campuzano sobre el oficio de gobernador en Antioquia indica igualmente que en la Nacional de Medellín hay una verdadera dirección de tesis: los estudiantes escriben con claridad, la revisión bibliográfica es sistemática y exhaustiva, la documentación es pertinente y responde las preguntas planteadas.

La que podría llamarse la historia de las luchas sociales (agrupadas en movimientos sociales) es un poco paradójica. Hay dos trabajos de historiadores ya formados, que continúan sus trabajos anteriores: María Teresa Findji amplía algo lo que ya había publicado sobre la formación del movimiento de autoridades indígenas, y Mauricio Archila hace una breve incursión en la historia de los conflictos de los cincuenta para abrir una puerta abierta, para insistir en algo que nunca pensé que estuviera en duda: que la violencia, aunque predominantemente rural, tuvo muchas manifestaciones urbanas, y golpeo los sectores populares y sindicales. Un trabajo de Alberto Flores sobre la escasa violencia de Ubaté entre 1948-1958 tiene una serie de aproximaciones interesantes, de incidentes reveladores, pero es un esbozo apenas, una primera redacción, que cae en el frecuente gesto de tratar de subrayar una gran novedad donde quizás no la hay: tampoco en este caso me preocupan los esfuerzos por demostrar que la violencia colombiana no se manifestó en todos los sitios de Colombia: siempre supuse, y creo que eso era lo que todo el mundo creía, que hubo zonas de mucha violencia, otras donde esta fue ocasional, y zonas donde en general se mantuvieron por fuera de ella.

Fuera de eso hay un conjunto de trabajos que narran procesos de lucha social con diferentes fortunas. Todos, sin embargo, tienen una metodología que no es diferente a la que pudieron usar Maquiavelo o Ranke: son narraciones políticas, en las que ciertos criterios de coherencia, más implícitos que explícitos, determinan la selección de material, conjuntamente con valoraciones que son en la mayoría de los casos evaluaciones políticas, más que análisis históricos. Un ejemplo está en el trabajo de Jaime Zuluaga, que habla del PRS y su división entre quienes se oponían a la lucha armada (y me consta, pues con Arrubla y Zuleta hice parte del PRS y en concreto del grupo de los que estaban contra la lucha armada), y otro que, "más de acuerdo con las características ideológicas y del período" decidió prepararse para la lucha armada. ¿Más de acuerdo? El juicio, me parece, es político y no histórico. Y buena parte de estas narraciones se mueven alrededor de estas opciones, y muchas parecen juzgar lo ocurrido a la luz de sus convicciones de entonces, aunque ahora se advierten muchas incertidumbres y desencantos.

Casos especiales son los estudios sobre las luchas contra la construcción de la Avenida Circunvalar en Bogotá, que se ven sobre todo a la luz de la experiencia de los activistas de izquierda (cuya relación con los intereses locales se advierte muy problemática, pues eran, según el autor, activistas sin masas). Pero las teorías que estén detrás del relato, además de los juicios políticos espontáneos o intuitivos, no valen mucho: el llerismo, según el autor, representaba en el cabildo la burguesía industrial, mientras que el lopismo

representaba la burguesía financiera, y no la burguesía urbanizadora y constructora...

En forma similar, los relatos sobre la violencia, sobre la mafia, sobre los paramilitares, son simplemente relatos periodísticos, acompañados de juicios políticos y a veces morales, generalmente mal escritos –al menos peor escritos de los que hacen los periodistas, con menor coherencia narrativa, con un esfuerzo menor de captar la trama argumental de los procesos, y acompañados de una teoría bastante elemental, cuando no inexistente. Por supuesto, aportan y enseñan: hay a veces valientes relatos de procesos escasamente documentados, pero en conjunto la sensación que uno tiene es que estos trabajos se apoyan en una información muy superficial (a veces por la pobreza de la documentación y por las dificultades de una historia oral entre gentes peligrosas), y que hay una gran credulidad, una aceptación bastante acrítica de cualquier testimonio interesante, sobre todo si coincide con ciertos partidos políticos evidentes.

En cuanto a movimientos sociales, mi conclusión sobre el congreso de 1993 es simple: nada de nuevo, y lo de calidad (Campuzano, Archila, Herrera) muy en la línea de la historia social de los setenta y ochenta.

Algo diferente es el panorama que surge del volumen sobre ciencia, cultura y mentalidades. Aquí hay un poco más de novedad, aunque tampoco mucha. El tema del indio y del negro, que había tenido mucha visibilidad con ocasión de la Constitución de 1991 y de las conmemoraciones de 1492, aparece con frecuencia, usualmente bajo la forma de un análisis de las imágenes blancas (y mestizas a veces) del indio, del negro (y del mestizo a veces). Normalmente se mueven en el terreno de la historia de las ideas o de las mentalidades. Las fuentes son documentales, y la interpretación está sujeta a un juicio de realidad de los procesos denotados por los conceptos o las imágenes: estas imágenes o conceptos se construyen como parte de la justificación de la conquista o la esclavización, retoman y modifican elementos de la realidad. El supuesto realista, en cuestión en las narraciones postmodernas, sigue aquí vigente.

La terminología tiene algunas coqueterías con el lenguaje de transición, como voy a llamarlo: el lenguaje derivado ante todo de Foucault: discurso, imaginario (y a veces no “lo imaginario” como en Sartre o Lacan, sino “el imaginario” o “un imaginario”, lo que empieza a independizar y a cosificar en alguna medida el concepto).

En uno de los mejores textos, Beatriz Patiño presenta un análisis competente de la evolución del concepto español de indio, negro y mestizo al cual habría que hacerle el reparo único de que en gran parte ya había sido hecho (hay varios libros enteros sobre partes centrales del tema) y la autora no parecía enterada de muchos trabajos similares existentes. Bernardo Tovar hace una revisión del mito de la Gaitana, sólida, en la que las hipótesis sobre la relación

del mito y los procesos históricos cuya realidad, diferente al discurso, se presume, son razonables y bien informadas.

Jaime Borja hace un artículo conceptualmente muy ambicioso, en el que surgen algunas hipótesis audaces sobre "un imaginario" español. Nunca se dice que se entiende por imaginario, pero parece ser el conjunto de representaciones que se hacían los españoles de los negros, en especial aquellas ligadas a su carácter demoníaco, a sus rasgos sexuales, etc. También se usan conceptos como "estructuras mentales" (aplicadas a las culturas de todo un continente, como si todo el África tuviera una estructura igual: "las estructuras mentales africanas" y la "mentalidad del español" resultan ambas caracterizadas por el pensamiento mágico: tal vez sumando continentes encontraremos que "la mentalidad humana" esta inserta en lo mágico....) Hay metáforas ambiciosas y explicaciones de cierto sabor psicoanalítico. El artículo es sugerente, hay explicaciones que producen la sensación de que allí hay algo brillante, que un buen documento ha sido leído con perspicacia para revelar un ángulo inesperado, pero si no convence es porque da la impresión de que la lectura de los documentos es un poco forzada, sin suficiente atención a los matices, y porque las interpretaciones son elecciones con diversos grados de arbitrariedad entre opciones posibles. La pésima redacción (la concordancia verbal y numérica es totalmente anómala) hace difícil seguir la argumentación, y probablemente hay cosas serias que el lector pierde por los equívocos generados por el texto. Pero afirmaciones tan generales como que "los españoles sostenían definitivamente que el demonio había creado a los negros", que pueden falsificarse fácilmente, o tan incomprensibles como "bajo los vértices de la mentalidad, los imaginarios, y en el desarraigo, los españoles enfrentaron un encuentro inicial" hacen que este trabajo no resulte muy convincente. Pero en cuanto al tema de Bejarano, no se aleja del realismo tradicional, pese a sus coqueterías verbales con los nuevos paradigmas: sus fallas están en otra parte. Vale la pena, por ello, señalar el contraste con el libro sobre , mucho más maduro y elaborado, aunque también con sus limitaciones.

Una breve síntesis acerca de un eremita perseguido por la inquisición se plantea como trabajo de microhistoria: el trabajo es elemental y no logra ir más allá de un esquema básico, pero está muy lejos de toda visión no tradicional de la historia.

Un trabajo en el que el lenguaje imita mucho más insistentemente el de algunos de los trabajos postmodernos es el de Marcos González Pérez. Desde el título, "El imaginario festivo en Colombia", aunque realmente se refiere a algunas fiestas cívicas posteriores a 1810. Según el autor de "esas formas de representación" parte la creación de un territorio que permite unificar a los individuos alrededor de los grupos social, encontrando su cohesión con "las formas rituales de la veneración litúrgica simbólica". Pero por impreciso que sea el lenguaje, por poco pensada que esté cada frase, por más que se deje llevar por una retórica a veces vacía, por limitado que sea el conocimiento de las fiestas coloniales –parece presumir que allí todas fueron religiosas y que la

plaza pública como sitio de sociabilidad política surgió después de la independencia-, la teoría es convencional, muy convencional y las frases dicen lo obvio: "la fiesta como símbolo o vehículo de mitos y leyendas... es el reflejo de una sociedad y de las intenciones político-sociales que aportan al historiador apasionantes testimonios sobre la cultura popular". Semiología, ritualidad, espacio, imaginario de poder, semiología ritual, semiología festiva, crean una ficción de modernidad histórica, pero el trabajo, despojado de sus galas retóricas, está por debajo de las narraciones de las fiestas hechas por Medardo Rivas o Cordovez Moure.

¿Hay algo de impacto de las nuevas metodologías? Hay generalizaciones indebidas: el autor desconoce las fiestas coloniales, en las que eran frecuentes las celebraciones de nacimientos de príncipes, coronaciones de reyes, y en las que actos religiosos y cívicos se orientaban a producir el amor al soberano. Y después de 1810, cuando las fiestas religiosas siguen siendo cuantitativamente más frecuentes que las cívicas, cuando la calle se llena mucho más veces con la procesión que con el desfile, cuando las publicaciones impresas sobrevivientes del siglo XIX son más numerosas para casos de la Virgen, del Corazón de Jesús, de San Vicente de Paul que para las conmemoraciones del 20 de julio o el triunfo de Boyacá, cuando la celebración cívica está casi siempre acompañada de un acto religioso -te deum, misa, sermón- simplemente toma tres o cuatro ejemplos de celebración cívica y contrastándolos con los inexistentes anteriores a 1810 concluye que el proceso, muy linealmente entendido, es el del paso del "ceremonial procesional de formas religiosas" a la "marcha ciudadana". Alguien puede sostener que esta forma alegre de manejar la evidencia es típica de los análisis postmodernos, en los que la representatividad de un indicio no es un factor importante: una frase puede desenredar el ovillo de las significaciones sociales, a través de un proceso de interpretación o de lectura "sintomática" que se mantiene en el plano de los significantes y sus "contigüidades" y "desplazamientos". Pero esto sería extremo, y aunque el clima lingüístico puede favorecer estos manejos corruptos, no tienen nada de nuevo: la historiografía tradicional, tanto la vieja como la nueva historia, están llenos de ejemplos de generalizaciones arbitrarias.

Otros estudios se refieren temas más o menos novedosos: los niveles de legitimidad en Bogotá, las formas de relación entre los sexos en Antioquia, los espacios donde se encontraban hombres y mujeres en el Medellín de 1910-30: todos estos trabajos son ensayos de historia social, en este caso razonablemente bien elaborados (quizás el más preciso y cuidadoso es el de legitimidad en Bogotá). La investigación de la familia, en la historia universal, es menos novedosa de lo que a veces se cree: Pablo Rodríguez, que ha hecho excelentes trabajos sobre estos asuntos, dice que es un tema que comenzó a estudiarse después de 1970, como si las historias de la sexualidad y el matrimonio y la familia no existieran en Europa al menos desde finales del siglo XIX. ¿Pero trivial, anodino y secundario? No lo creo, al menos en estos trabajos, que aportan nuevos conocimientos. Y en todos estos casos, el realismo epistemológico es contundente.

De muy distinto nivel, inteligente y agudo, es el trabajo de Myriam Luz Jaramillo Giraldo sobre la máquina en Medellín. Por ello, más compleja su evaluación. Sin duda, responde a incitaciones de las nuevas teorías: Leroi-Gourhan, Cangilhem y Baudrillard –“Ladrillard”, como lo llamaba Germán Colmenares- están en las notas de pie de página. Se apoya en textos de prensa de Medellín durante los veinte para tratar de descubrir si la máquina introduce cambios en el universo mental de la gente de Medellín. Descarta un impacto grande de las máquinas de la minería y el café –la trilladora, la draga, el molino de pisones le parece que no afectan el universo del que las usa o las ve-, pues no afectan la vida diaria, como el tren o la electricidad (que de todas maneras se conocían hacía tiempos: en el folclor de Medellín, la celebración de la inauguración de la iluminación a fines del XIX todavía es evocada en artículos de prensa y conversaciones, más de 100 años después). Aunque la autora usa el artificio retórico de tomar los textos más literarios e imaginativos de unos cuantos cronistas sofisticados de los veinte (Luis Tejada, Luis Eduardo Nieto Caballero, Luis Vidales) como indicadores de la mentalidad colectiva y del cambio social, y sigue sus opciones (el automóvil destruye la noción del espacio y por lo tanto la idea de la nacionalidad; podría alegarse, con otros documentos, lo contrario: el automóvil permite conocer el resto del país), el cuadro es interesante. Sin embargo, es también un ensayo tradicional, que habría ganado mucho si hubiera conocido similares estudios sobre la reacción vanguardista en otros sitios a la maquinización o la urbanización.

En todos estos trabajos, y lo mismo ocurre con los trabajos de historia de los movimientos sociales, la dificultad para pasar a un nivel diferente al del relato y la descripción puede deberse en primer lugar a la muy escasa utilización de material comparativo. Sobre la mafia se habla sin referencia a ningún otro sistema de mafia o de crimen organizado, sobre las oligarquías colombianas sin referencia a las de otros países de la región, sobre clientelismo sin comparación con España, etc. El análisis comparativo es una de las pocas formas de razonamiento sociológico, generalizador, que se puede usar razonablemente en el análisis histórico, que es una combinación de hermenéutica y explicación causal retrospectiva: esta última se apoya en tres o cuatro procedimientos básicos, y uno es el análisis comparativo. (Otro, usable en la historia económica cuando la especificación de las variables es adecuada, es el uso de modelos teóricos; otro es el propuesto por Weber de tipos ideales que se someten a hipótesis mentales sobre la presencia de ciertos elementos y al posible impacto de su ausencia, para determinar condiciones necesarias y suficientes).

4. Medellín

Los trabajos presentados en Medellín no difieren significativamente, en su orientación, del congreso anterior. No logro identificar ninguna tendencia clara entre uno y otro. Quizás la terminología se ha contaminado un poco más, pero en conjunto la orientación de los trabajos sigue los patrones ya convencionales.

Como en Bucaramanga, los trabajos de historia colonial se apoyan en metodologías más rigurosas, en un mejor dominio de la documentación, en un buen conocimiento de la literatura pertinente. El mejor ejemplo, sin duda es el de Bernardo Leal, "Tradiciones cimarronas de los esclavos bozales en el Choco, el caso de los rebeldes de Tadó (1728)", que narra bien los hechos pero los pone en el contexto de los grandes debates sobre rebeliones esclavas, muy en la línea de G. Rude, E. Thompson y O. Patterson. El trabajo de Germán Feijoo, "Intento de sublevación esclava: alzamiento de los esclavos del Real De Minas de Zértegui, Gobernación del Chocó, 1765" esta lejos del nivel del anterior, es algo rutinario y no plantea ninguna inquietud metodológica. Por su lado, Héctor Salinas, en "Conflicto agrario y resistencia indígena en un pueblo de indios del sur del Tolima durante la segunda mitad del siglo XVIII" presenta un excelente trabajo sobre un conflicto legal entre el resguardo de Coyaima y un hacendado que pretende despojarlos de algunas de las tierras ocupadas (sin título) por los indios: el autor hace un fino seguimiento de las alternativas legales y también de las estrategias de defensa de los indios. Como en Bucaramanga, la historia colonial hace pensar en directores de tesis que se leen los trabajos, que corrigen la redacción, que cuestionan la lógica de argumentación.

Otros trabajos, generalmente relativos a procesos recientes, son simples narraciones, o presentaciones ordenadas y sistematizadas de material documental. El de Martha Inés Giraldo Jaramillo, "Participación política del movimiento independiente de acción peñolita", cuenta el proceso de formación de un movimiento cívico-político municipal, y paga sus tributos a algunas modas, al hablar de la "constitución del sujeto" del Peñol, pero se mantiene en general en un plano metodológico sin complejidades innecesarias. Lo mismo ocurre con el de Alvaro Delgado: "Composicion del conflicto laboral regional", que es un estudio estadístico correcto y competente, que sigue el modelo de estudios previos, sobre la estructura de los movimientos huelguísticos, su distribución regional, los motivos y los factores que los han afectado.

El de Clara Inés García, "30 años de movilización por servicios públicos en las regiones de Antioquia. La relación entre política pública y acción colectiva" es muy similar al de Delgado en su lógica y en su presentación, aunque hace más explícitas las hipótesis y la relación entre la narración y los puntos que desea demostrar. Resulta sorprendente y muy interesante por ofrecer una interpretación contra intuitiva de los movimientos de protesta relacionados con los servicios públicos. En esencia, concluye que estos no se presentan por deficiencias en las prestaciones de servicios públicos, o por ausencia del estado, sino que justamente es la presencia del Estado y su activismo, su acción positiva, la que define nuevas relaciones entre los actos sociales y sirve de catalizador para desencadenar los movimientos de protesta.

Otros estudios plantean problemas diferentes. El de Miryam Espinosa, "Memoria social y practica histórica en el Quintín Lame", esta escrito desde una óptica que se quiere nueva. El siguiente texto puede dar una idea de sus supuestos teóricos:

"Al conjugar los modos de representación -en un tiempo y lugar específico desde el discurso- con el comportamiento que sus consumidores expresan, es posible hacer explícita la estrategia que adelanta una cultura para inventar acciones prácticas en su diario vivir. En este proceso, la memoria social sujeta al cambio y a la crítica, reordena el sentido de su historia y deja entrever los modos de operar o de usar sus discursos. Un discurso es toda comunicación polémica, donde la cultura lucha por mantener su memoria." Al mismo tiempo, se plantea como un texto comprometido, de alguien que se ha vinculado a la comunidad indígena cuyos puntos de vista analiza y, sobre todo, presenta. Este es un texto complejo y problemático: ha recogido a partir de testimonios de participantes en el Quintín Lame su experiencia, sobre todo en el proceso de elaboración de un conjunto de argumentos que permiten al grupo armado Quintín Lame mantener una estrecha relación con la comunidad indígena y al mismo tiempo encontrar una relación autónoma con movimientos armados con los que en algunos momentos tuvo bastante cercanía. El proceso, que podría narrarse en forma menos "lingüística", se presenta usando un lenguaje centrado en procesos de significaciones, cambios del discurso, etc., y promete mucho más de lo que logra mostrar. Los textos son fascinantes, y muestran una experiencia peculiar y muy significativa. Desde una perspectiva nacional, por supuesto, surgirían muchas preguntas que la autora, que aparentemente opta por una visión que se identifica con la del grupo indígena, no se hace, pues parece renunciar a preguntas hechas desde perspectivas menos correctas.

El trabajo de Pilar Cuevas, "Actores sociales y órdenes discursivos en la educación popular: el caso de la coordinadora distrital de educación popular.

Años 60s y 70s", dice apoyarse en Chartier y Foucault y define su tema así: "En suma, me pregunto por el surgimiento de un discurso alternativo y de unas nuevas prácticas políticas y educativas, a partir de la configuración de actores sociales que se aglutinaron en torno a la Educación Popular como mecanismo constitutivo de una serie de referentes identitarios" (p. 4) y en cierto modo su principio de interpretación está descrito en el texto siguiente, que me parece algo circular: "De aquí se derivaron las más diversas prácticas las cuales no pueden ser sólo interpretadas desde la perspectiva de su correspondencia o no con los objetivos que se trazaron, sino desde la perspectiva de lo que generaron como referentes e imaginarios de una época" (p. 31) Pese a la retórica, es una narración tradicional.

Un trabajo inscrito en la misma perspectiva militante y política es el de Yenny Cumaco y Nydia Constanza Mendoza "La propuesta política de la Organización Nacional Indígena de Colombia, durante el período 1982 - 1991" Más que un análisis histórico, es una evaluación política de las diversas tendencias del movimiento indígena, o quizás mejor aún de las posiciones de la ONIC, pues poco se dice de sus competidores o rivales, y de sus propuestas en la década anterior a la constituyente. También político es el análisis de fondo de Alejandro Uribe en su estudio sobre movimientos sociales en los departamentos cafeteros y en él los juicios valorativos, las convicciones del autor, predominan sobre los juicios analíticos.

Dos ponencias más completaron el simposio: un trabajo sobre la frontera comercial de San Martín, que es más bien una historia adecuada de las actividades económicas principales en la región, con muy poco enfoque social, y un estudio de las ideas de la Sociedad Popular y la Sociedad Democrática a mediados del siglo XIX bastante débil: un simple resumen de las ideas principales expresadas en sus periódicos.

En síntesis, en estos congresos se encuentra un poco más avanzado, pero sólo en un grado marginal, el auge de visiones históricas dependientes del nuevo paradigma descrito por Bejarano, y si ha habido cambio, ha sido materia leve, de Bucaramanga a Medellín. Hay un claro aumento de los temas de historia social e historia cultural, así como de historia de la ciencia y de la educación, campos en mucho sentido afines. Pero no hay, excepto en uno o dos ejemplos, una verdadera inmersión en las nuevas corrientes. Tampoco aquí se justifica una cruzada contra el mal. Quizás se justifique, en el peor de los casos, la cruzada para luchar contra la utilización descuidada y rutinaria de conceptos imprecisos, la contaminación lingüística con cierta retórica gala, pero no me parece demasiado urgente: la densidad y oscuridad de los casos realmente críticos garantiza que se hundirán irremediablemente.

En esto, la situación es similar a la de la contaminación althusseriana de la historiografía en la década de 1965 a 1975: fueron bastantes los artículos marginales en los cuales se negó, en cierto modo, la posibilidad de la historia que no tenía agentes y cuyos sujetos reales estaban determinados por las estructuras, excepto en los puntos de confluencia de múltiples determinaciones donde podía producirse el cambio, o se rechazó la posibilidad de que las acciones humanas tuvieran un sentido relacionado con las intenciones, las palabras y los actos de los sujetos históricos, y se acusó de empirismo a los historiadores. Sin embargo, el althusserismo tuvo un impacto muy débil en la práctica histórica, similar al que ha tenido la historiografía postmodernista, y quizás ayudó a romper con el simplismo epistemológico de las versiones leninistas del dogma. Hoy también el giro lingüístico, la atención a las formas de representación de la realidad, la utilización de instrumentos de análisis del discurso, pueden hacer menos plano el instrumental teórico de los historiadores, pero seguramente no los convertirán a la idea de que su discurso es un texto arbitrario que no puede confrontarse sino contra otros textos, un mapa que solo puede compararse con otro mapa.

Anexo:

Lista parcial de libros recientes sobre historia social.

Historia de la familia, de los géneros, del mestizaje, de la mujer, de los niños, de las sexualidades.

Muñoz, Cecilia y Ximena Pachón, *La niñez en el siglo XX: comienzos de siglo, salud, educación, familia, recreación, maltrato, asistencia y protección*, Bogotá, Planeta, 1991

Rodríguez, Pablo, *Sedución, amancebamiento y abandono en la colonia*, Bogotá, Fundación Guberek, 1991

Bermúdez, Suzy, *Hijas, esposas y amantes : género, clase, etnia y edad en la historia de América Latina Bogotá : Universidad de los Andes*, 1992.

Bermúdez, Suzy, *El bello sexo : la mujer y la familia durante el Olimpo Radical, Bogotá : Ediciones Uniandes, Ecoe Ediciones*, 1993.

Velásquez, Magdala, ed., *Las mujeres en la historia de Colombia*, Bogotá, Norma, 1994.

Martínez. Aída, *Extravíos: el mundo de los criollos ilustrados*, Bogotá, Tercer Mundo, 1996.

Reyes, Catalina, *Aspectos de la vida cotidiana en Medellín 1890-1930*, Bogotá, Colcultura, 1996

Rodríguez, Pablo, *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Ariel, 1997

Gutiérrez de Pineda, Virginia y Roberto Pineda Giraldo, *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial, 1750-1810*. Bogotá, Uniandes, 1997. 2 vols.

Dueñas. Guiomar, *Los hijos del pecado. Ilegitimidad y vida familiar en la Santa Fe Colonial*, Bogotá, UN, 1997.

Urrego, Miguel Ángel: *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá*, Bogotá, Ariel, 1997.

García Londoño, Carlos, *Niños trabajadores y vida cotidiana en Medellín, 1900-1930*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1999.

Conflictos sociales, los movimientos sociales, violencia y delito, los aspectos sociales de la acción política,

Gutiérrez, Francisco, *Curso y discurso del movimiento plebeyo, 1849-1854*, Bogotá, Iepri, 1985

Uribe, María Teresa y Jesús Álvarez, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana, 1810-1850*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987.

Mora, Gilma:, *Aguardiente y conflictos sociales en la Nueva Granada durante el siglo XVIII*
Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1988.

Mario Aguilera, *Ideal democrático y revuelta popular: bosquejo histórico de la mentalidad política en Colombia 1781-1948*, Bogotá, Instituto María Cano, 1991.

Archila, Mauricio, *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*, Bogotá, Cinep, 1991.

Rodríguez, Pablo, *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial : 1675-1730*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1992.

Patino. Beatriz, *Criminalidad, ley criminal y estructura social en la Provincia de Antioquia 1750-1820*, Medellín, Idea, 1994.

Garrido, Margarita, *Reclamos y representaciones: Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada 1770-1815*, Bogotá, Banco de la Republica, 1994.

Konig, Hans-Joachim, *En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856*, Bogotá, Banco de la República. Departamento Editorial, 1994.

Tovar, Hermes, *Que nos tengan en cuenta : colonos, empresarios y aldeas Colombia 1800-1900*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, Colcultura, 1995

Aguilera, Mario, *Insurgencia urbana en Bogotá*, Bogotá, Colcultura, 1997.

Ayala Diago, César, *Nacionalismo y populismo: ANAPO y el discurso político de la oposición en Colombia, 1960-1966*, Bogotá, UN, 1996

Múnera, Alfonso, *El fracaso de la nación: región, clase y raza en el Caribe colombiano 1717-1810*, Bogotá, Banco de la Republica, 1998.

Historia social urbana, vida cotidiana, usualmente urbana:

Botero Gómez, Fabio, *La ciudad colombiana*, Medellín : Ediciones Autores Antioqueños, 1991.

Vargas, Julián, *La sociedad de Santafé colonial*, Bogotá, Cinep, 1990

Martínez Carreño, Aida, 1940-2009. *Mesa y cocina en el siglo XIX: Colombia*, Bogotá, Planeta Editorial, 1990.

Botero Gómez, Fabio, *Cien años de la vida de Medellín*, Medellín : Concejo de Medellín, 1994.

Melo, Jorge Orlando, editor, *Historia de Medellín*, 2 vols. Medellín, Suramericana de Seguros, 1995

Martínez Carreño, Aida, 1940-2009, *La prisión del vestido: aspectos sociales del traje en América*, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1995.

Castro, Beatriz, ed., *Historia de la vida cotidiana*, Bogotá, Norma, 1996

Reyes, Catalina: *Aspectos de la vida social y cotidiana en Medellín, 1890-1930*, Bogotá, Colcultura, 1996

Robledo, Jorge Enrique, *La ciudad en la colonización antioqueña*, Bogotá, UN, 1996, Es una historia de Manizales.

Mejía Pavony, Germán, *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá, 1820-1910*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2000.

Otras áreas de historia social: brujas, grupos sociales, grupos étnicos, creencias y formas de pensamiento y discurso.

Pineda Camacho, Roberto, *La casa Arana (1902-1932): un enfoque etnohistórico del proceso extractivo del caucho en el Amazonas colombiano*, Bogotá, UN, 1993

Quevedo, Emilio, editor, *Historia social de la ciencia en Colombia*, Bogotá, Colciencias 1993. 1' volúmenes, que reúnen decenas de ensayos. Muchos trabajos son excelentes, pero raras veces hay realmente "historia social".

Cabarcas, Hernando, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada: la imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana*, Bogotá, ICC, 1994.

Bolaños. Álvaro Félix, *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios Pijaos de Fray Pedro Simón*, Bogotá, Cerec, 1994.

Ceballos Gómez, Diana, *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios*, Bogotá, UN, 1994.

Peralta, María Victoria, *El ritmo lúdico y los placeres en Bogotá del siglo XIX*, Bogotá, Planeta, 1995

Borja Gómez, Jaime Humberto, ed., *Inquisición, muerte y sexualidad*, Bogotá, Ariel, 1995.

Enciso, Patricia, *Del desierto a la hoguera: la vida de Joseph Ximénez, un ermitaño acusado de hereje por la inquisición de Cartagena de Indias*, Bogotá, Editorial Ariel, 1995.

Herrera Ángel, Martha, *Poder local, población y ordenamiento territorial en la Nueva Granada; siglo XVIII*, Bogotá, Archivo General de la Nación, 1996

Splendiani, Anna María, *Cincuenta años de inquisición en el tribunal de Cartagena de Indias 1610-1660*, Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 1997, 4 v..

Borja Gómez, Jaime Humberto: *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada*, Bogotá, Ariel, 1998.

Zambrano, Marta, *Laborers, rogues and lovers: encounters with indigenous subjects through jural webs and writing in colonial Santa Fe de Bogotá*, Ann Arbor, Michigan, UMI, 1998

Historia de las mentalidades y la cultura:

Arango, Gloria Mercedes: *Mentalidad religiosa en Antioquia practicas y discursos 1828 1885*, Medellín, UN, 1993.

Acevedo, Darío: *La mentalidad de las elites sobre la violencia en Colombia 1936-1949*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, El Ancora Editores, 1995.

Álvarez de Huertas, Rubby Amelia, *Entre el gorro frigio y la Mitra. La mentalidad político-religioso del hombre neogranadino 1850-1887*. Tunja, Academia Boyacense de Historia, 1998.

Silva, Renán, *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII: contribución a un análisis de la formación de la ideología de independencia nacional*, Bogotá, Banco de la República, 1988

Sánchez, Efraín, *Gobierno y geografía, Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1998

Pedraza Gómez, Zandra, *En cuerpo y alma: visiones de progreso y de la felicidad*, Bogotá: Uniandes. Departamento de Antropología, 1999.